

FR. SUPINO CLARIDADES,

DEL DISTINGUIDO ORDEN GERUNDIANO.

O LAS VERDADES DEL TIEMPO A CAPILLAZOS.

Publicacion satirica, equivalente al antiguo Fr. Gerundio.



*Si quis dixerit Zaurique non lo-
cutus esse veritates amarae, delinquen-
tibus politicis; anathema sit.*

Si alguno dijere que Zaurique no ha es-
petado verdades amargas á los hombres po-
liticos, le digo al momento que se vaya con
mil diablos.

CONCILIO 9.º de *Murmuratoribus*. Sec-
cion 9.ª, CAP. 9.º

RECUERDOS DEL CARNAVAL.

DESPUES del relato que me hizo Zaurique de su expedicion al baile de máscaras, conoció el malandrín que no me habia disgustado del

todo que aprovechase la oportunidad de lanzar al rostro de los miopes políticos los grandes errores en que nos han envuelto, si quiera para que el público les conociese en adelante y les escuchase con la debida prevencion. Hubiera yo dado cuanto se me pidiese por poder trocar mi suerte por la de mi lego, y presentarles de cerca el cuadro desgarrador de la nacion española, gracias á sus reiterados desaciertos; pero mi carácter sacerdotal no me permitia penetrar en aquellas orgías, donde á favor de una careta, hubiera probado á los embaucadores políticos que el pueblo los conoce muy de cerca.

Zaurique, que es intrépido por naturaleza, y que habia observado el efecto que su narracion me habia producido, me pidió licencia para asistir en compañía de Juan á los bailes públicos que aun restaban en aquella fecha.

Dudaba concederle esta gracia, recelando que su demasiada osadia no le colocara en algun compromiso; pero fueron tan juiciosas sus reflexiones, que al fin me decidí á concedérsela.

El travieso del lego y su camarada han recorrido todos los bailes de la corte, y ojalá que sus bromas hayan producido los efectos saludables que se han prometido. Como es natural, me han contado todo lo ocurrido, y francamente, no creia en mi lego tanta discrecion.

El sábado 17 del corriente se habilitaron ambos amigos de sus respectivos *dominós*, y al salir de nuestra celda se encontraron con los faroles apagados.

— ¿Qué hora es, Fr. Supino? me dijo Zaurique.

— Las doce, le repuse.

— Mírelo V. bien, me replicó, que yo creo sean las dos, hora en que todas las noches se acaba el gas de los faroles y queda Madrid convertido en una caverna oscura. Merced á esta indispensable economía, los rateros y la gente de mal vivir pueden aprovechar la oportunidad de asaltar al transeunte, y con mucho mas motivo hoy que cunde tanto la miseria.

Efectivamente, Madrid á las doce de la noche que eran entonces, se encontraba en la mas profunda oscuridad, y los establecimientos públicos se alumbraban con velas de sebo, sirviéndoles de candelabros improvisados las botellas que hubo mas pronto á la mano. La causa de esta metamorfosis fué la esplosion del gas ocurrida en la calle de Zaragoza, á consecuencia de lo que el señor Gobernador mandó suspender por entonces la direccion del fluido. Al enterarme Zaurique de lo ocurrido, no ocultó sus temores de conspiracion ó jaranas, porque desde julio á esta fecha siempre estamos asaltados de igual recelo.

— No tengas cuidado, le dije, el Gobierno vela constantemente y está haciendo prisiones todos los dias, y si no, ya oiste lo que dijo el señor Santa Cruz en las Cortés y lo que te respondia en las máscaras el señor Sagasti. En cuanto á esa profunda oscuridad, tampoco debes admirarte: el alumbrado de gas es el espejo del siglo de las luces, que cuando pensamos hallarnos mas ilustrados cometemos mayores errores y nos quedamos á oscuras. Y si dudas

de esta verdad, observa las discusiones habidas hasta aquí en el Congreso, y te convencerás que despues de haberse tratado tan largamente sobre la soberanía nacional, sobre la sancion real, y ahora sobre la tolerancia religiosa, despues que eminentes oradores de todos los partidos han tomado parte en la discusion, nos hallamos como antes. Nada han podido añadir á lo que ya sabiamos. Particularmente sobre la libertad de cultos que se pretende, deseamos que recaiga una solucion conveniente que nos evite las guerras religiosas, mucho mas terribles y sangrientas que las políticas. Pero dejemos esto por ahora, marchad á divertiros, y cuidadito con lo que se habla.

Al regresar me dijo Zaurique: venimos de un entierro.

— ¿Cómo de un entierro? le repliqué.

— Ya sabe V., Fr. Supino, la ocurrencia del gas; cuando pasamos por la Puerta del Sol, estaban custodiadas por los nacionales todas las bocacalles, y cada uno se permitia las conjeturas que mejor le parecian. Atravesamos sin temor y penetramos en el baile de Capellanes, donde era de ver una multitud de jentes de ambos sexos alumbrada por cabos de esperma y hachas de cuatro pávilos. La música marcaba con obligados de bombo y platillos tandas de walses, polkas y mazourkas, la muchedumbre giraba apiñada en medio de la mayor confusion, y aquello no era baile, sino un remedo del verdadero infierno. A las dos de la madrugada algunas cabezas habian perdido su equilibrio, y hubiera visto su paternidad aquel recinto del demonio recorrido por un número considerable de hombres y mugeres en medio de la mas confusa griteria, que alumbrados sus pálidos rostros por la turbia luz que despedian los hachones, revelaban en sus acciones el vértigo de locura de que estaban poseidos. Entonces volviéndome á Juan le dije:

— Aquí tienes el cuadro mas acabado de la situacion actual. Cuando se han abierto las puertas de este salon, se ha concedido á cada uno la libertad racional á que tiene derecho, para gozar tranquilamente de ella. ¿No observas esa concurrencia pacífica sentada de una y otra parte, que mira tranquila á los que se lanzan tumultuosamente sobre la alfombra del salon? ¿No ves cuán indiferente se muestra á los gritos y algazara de los danzantes? ¿No adviertes cómo se rie de este que empuja al otro creyendo por eso sacar mas fruto de la infernal danza? Pues bien, Juan, esa concurrencia pacífica representa al pueblo español, que presencia impassible las intrigas de los políticos, que empujándose los unos á los otros, corren asidos de la situacion á aprovechar el tiempo que les resta, antes que venga la aurora y les presente cuales ellos son. El pueblo sensato usa de la libertad racional, en tanto que esa turba desenfrenada grita, corre y se mueve embravecida, proclamando una libertad que es el verdadero libertinage, empujando al que le precede, por gozar mas ampliamente del poco tiempo que le resta.

¿No ves cuántos disfraces? Pues su plan es engañarse mutuamente como los políticos. Mujeres de todas condiciones han con-

currido esta noche. La casada ha dejado su lecho aprovechando la ausencia de su marido, que tiene en ella toda su confianza, así como los malos empleados se prevalen de sus destinos para abusar de su posición. Aquella mamá ha traído á su hija para encaminarla en la senda del vicio, y ofrecerla ancho campo á su desmoralización. Ella, á todos amable y comprometedora de todos, hace lo que los ministros de España, que con todos usan de buenas palabras. Pregunta á esa mamá y á esa hija si su conducta es irreprehensible, y verás que no obstante las pruebas que están dando al público de su lubricidad, no tienen iguales.

Retirémonos, Juan, de este lugar donde solo reinan la crápula y la orgía, y donde la mayor parte olvidándose de sí mismos, deponen vergonzosamente su dignidad de hombres, lo mismo á los pies de una doncella honrada que á los de una vil prostituta. El siglo de las luces ha hecho que esta última clase de mujeres, sobreponiéndose á la primera, lleve descaradamente la preferencia, y las doncellas recatadas y virtuosas jiman olvidadas en lo mas ignorado de su casa, así como los bullangueros políticos logran, á pesar de su empirismo, toda clase de destinos, en tanto que los hombres de bien aptos y útiles al Estado, son víctimas de las mas ruines intrigas, porque ni obstan un valor mentido ni adulan bajamente á los que dirigen los destinos del país.

No nos detuvimos aquella noche en dar bromas á nadie. Si yo hubiera querido, Fr. Supino, tal vez algunas mamá sufrieran un mal rato, y sus hijas no menos que ellas, el remordimiento roedor de sus desaciertos. Me hubiera dirigido á muchos, cuyo traje encubre su miseria.

Hé aquí un leve bosquejo de la moralidad de los bailes de Madrid.

Llegó el domingo, y Zaurique y Juan acudieron al teatro Real, donde se prometia mi lego ancho campo á sus travesuras. Se provistaron de sus *dominós* y se fueron resueltos á todo. Preguntádoles mi reverencia sobre los sucesos de aquella noche, me dijo Zaurique:

— Pocas veces se aprovecha el tiempo con tanta utilidad como yo lo he hecho en las máscaras del domingo.

— Pues cuéntamelo.

— Llegamos, y dejando nuestras capotas y sombreros en el guardarropa, nos llevaron cuatro reales por arrastrarlos al suelo. Nos arreglamos caretas y trages, y nos hallamos en un magnífico y alumbrado salon, donde los murmullos de la muchedumbre y las notas de la orquesta sostenian la continua animación. ¡Qué trages, Fr. Supino! ¡Qué niñas! ¡Qué elegancia! ¡Qué finura! Cada uno de los concurrentes parecia que se habia propuesto ser mas recatado y amable de lo de costumbre. Aquella aparente alegría y tranquilidad, estaba muy lejos de ser anunciadora de las recias oleadas que habian de agitarse en aquel recinto al sonreír de la mañana, así como la situación actual, á pesar de sus muchos enemigos, se sostiene aparentemente tranquila, y nadie sabrá predecir sus resultados, aunque sea buen profeta.

Jamás había visto Juan un lujo tan deslumbrador, y no acababa el pobre de esplicarse, cómo en una época de tanta miseria y disgustos podían encontrarse gentes de tan buen humor.

Nada tiene eso de particular, le dije: á veces bajo un aparato magestuoso, se encubre el hombre mas ruin y miserable, y bajo la capa de miserable menestral, el hombre mas noble y mas honrado. Este magnífico teatro debe su reparacion al escelentísimo señor conde de San Luis y á las económicas cuentas del gran capitán. Para que en todo vayamos al revés, han llamado el Paraiso á aquellos asientos de allá arriba, y como de donde estábamos á donde me referia hay una distancia inmensa, me dijo:

— Ha hecho bien; yo que los arquitectos hubiera fabricado una torre como la de Babel ó la Jiralda de Sevilla, y la hubiera llamado el último cielo.

En esto vimos cruzar á aquel notario mayor de estos reinos y presidente del consejo de ministros, que escribiendo un periódico, puso á María Cristina de vuelta y media, y gritaba el año de 1840 con todos sus pulmones: ¡Viva la libertad! Despues, andando el tiempo, él fué quien recibió á las puertas de Madrid á esta señora; y el que habia sido gefe de la Milicia Nacional decretó luego su estincion.

Me acerqué á él y le dije:

— Ya sabes, Luisito, que está decretado el alistamiento de la Milicia Nacional, con que tú, como buen patriota, acudirás á prestar tus servicios.

— No desciendo á esas cosas, me repuso; y puesto que con una cuota se llena el objeto, es muy fácil cumplirlo.

— Tampoco la Milicia te quiere, le dije. Ya sabes lo que le pasó al bendito don Pablo Cifuentes, que deseaba figurar entre los gefes de la Milicia, y esta señora, que no olvida lo que ha sido este danzante político y otros muchos como él, le ha declarado inválido.

A todo esto el buen Luisito no separaba su vista de una niña que con traje de odalisca se hallaba cerca de nosotros. Entonces le dije:

— Válgame Dios, hombre, no puedes desmentir tus instintos sultánicos, puesto que te gustan tanto las sultanas. No permita la suerte que te vea yo en la poltrona haciendo equilibrios, porque creo que eres mas útil á la nacion defendiendo pleitos en tu bufete.

Dejando el lado de tan noble patriota; me dirijí á uno de los interpeladores eternos del Congreso.

— Oiga V., le dije, don Catecismo, ¿hasta cuándo piensa V. continuar tocando el solo de las interpelaciones? Con lo que el pobre me miraba sorprendido sin saber qué decirme; pero vuelto de su asombro me respondió:

— No quisiera mas que conocerte, máscara, que mañana habia de dirijir al Gobierno una interpelacion sobre las máscaras y los dominós, porque deseo saber si las togas sirven para dominós ó estos para togas; ¿y sabes por qué? porque nadie está siempre en carnaval como los que usan hopalandas.

— Vaya, le repliqué, que los médicos tambien saben dorar la píldora. Adios, adios. Y dirijiéndome á un ex-ministro le dije:

— ¿Cómo es V. tan monárquico y tan liberal ahora?

— Me gusta, respondió, mis ideas fueron siempre iguales; y si alguna vez te han parecido distintas, yo he hecho aquello de *distingue tempora et concordavis jura*.

En esto nos vimos cercados de una porcion de diputados, que nos miraban con especial curiosidad.

— Mucho me alegro de hallarme entre vosotros, les dije: precisamente casi todos habeis recibido favores especiales de los distintos ministerios que han regido los once años. Por eso vuestros trabajos en ese tiempo han sido tan pocos, en tanto que otros infelices han soportado la miseria y el ostracismo. Si abundais en ideas de libertad, ¿por qué no las sostuvisteis entonces con teson?

En esto ví á lo lejos á un pretendiente á la cartera de Hacienda, y corriendo hácia él le dije:

— He notado que en las cuestiones económicas tomas una parte demasiado activa. ¿Quieres ser ministro?

— ¿Por qué me dices eso? me replicó.

— Madoz, le repuse, se halla en un laberinto mas intrincado que el de Creta. La desamortizacion sufrirá tantas y tantas reformas, que vendrá á ser lo que las leyes de los moderados, que á fuerza de reglamentos para llevarlas á efecto quedaban anuladas, y no sabiendo entonces por dónde jirar hará dimision....

— Es que para entonces tengo yo un plan muy bonito.

— ¿Y cuál es?

— Pagarán contribucion los criados de servir, los cocheros y los perros que no lleven bozal.

— De tal cabeza tal sentencia. Adios; y me separé para saludar á don Alejandro Llorente, célebre ministro que fué de Hacienda, y hombre tan á propósito para lo blanco como para lo negro, esto es, para escribir con tinta negra en papel blanco, y dar aquellas órdenes científicas de administracion que le han perpetuado en los fastos de la historia. Tambien estaba Roncali, Lersundi, y otros y otros.

— Mira, Juan, esta noche se han reunido aquí pájaros de tan distintos y variados colores, que sería difícil conocerlos. Hay aves de rapiña, nocturnas, canarios, gilgueros, y de todas las especies conocidas y desconocidas. Ruiseñores, á cuyos cánticos y programas se embelesó la nacion y pagó despues bien cara su confianza, y en fin, aquí estan todos ó la mayor parte de los que durante los once años han sido las sanguijuelas de la nacion española. Lancémosles una mirada de desprecio, porque si las Córtes Constituyentes no llegasen á exigir la debida responsabilidad á estos hombres, el pueblo se la pedirá algun dia de la manera mas terrible é imponente. Los saraos y los grandes bailes son los puntos donde siempre hallarás estos pájaros de mal agüero, y cuenta que lo mismo sucede en España que en todos los países.

Al hablar así á mi compañero, las niñas circulaban por el salón dando sus bromitas, y nosotros regresamos huyendo de aquella confusion.

— Mejor hubiera querido, Zaurique, que hubieras apretado un poco á aquellos diputados que os cercaron.

— Señor, no lo hice porque me acordé de aquello que dice Jesucristo, cuando errare tu hermano llámale y dale una corrección fraternal; pero ya sabe su reverencia que me sobrarán ocasiones de hacerlo.

— Así es, Zaurique, y me alegraré, pero donde debemos emplear todo nuestro valor es sobre la base de la tolerancia religiosa conforme á la opinión del país.

— Yo estoy pronto á todo lo que sea á favor de mi patria.

Y aquí tienen Vds. el resultado de la expedición última de baile de mi lego, cuyo relato, si no abunda en gracias y agudezas, resalta al menos por las verdades amargas que encierra.

LA CENIZA EN LA FRENTE.

La aurora del Miércoles de Ceniza vino anunciando á los concurrentes á los bailes de máscaras, que aquella crápula y orgía se habían concluido. Zaurique y Juan se habían aprovechado á su sabor de la licencia que les había otorgado, así como ahora lo hacen muchos hombres de la confianza que en ellos depositó la nación. Mi lego, que según el artículo anterior, había devuelto al rostro de tantos políticos sendas y amargas verdades, había tomado una parte activa en la danza, así como muchos escritores, que censurando la conducta del Gobierno, acaban por aceptar su marcha asaz torcida y equivocada, sin acordarse de su antigua oposición. Juan se había contentado con sentarse al lado de una vieja, haciéndola creer en sus gracias actuales, recordándola las épocas de su juventud, así como algunos rodean al general Espartero para que se lisonjee haciendo la voluntad nacional, siendo así que solo se cumple la voluntad de unos cuantos.

En vano esperaba yo á mis fámulos, así como inútilmente espera la nación que se curen las hondas heridas que la han inferido los once años de sus padecimientos, pero al fin oí llamar á la puerta y aparecieron ante mis ojos aquellos dos troneras, que pálidos y desencajados revelaban en sus semblantes la turbulenta noche que acababan de pasar. Dirigime á Zaurique, y en vista de su agitación conocí que el maldito truhan había concluido por bailotear y danzar como un loco.

— ¿Cómo bienes así, le dije, lego de los diablos? ¿A qué en vez de aprovechar la ocasión de dar bromas te has dedicado á la danza? ¿Qué tienes que contarme? Dímelo pronto, que tengo que acudir á decir misa y administrar la ceniza.

— Déjeme V. sentar, me replicó; y tomando aliento continuó de este modo:

Ahora sí que me he convencido, Fr. Supino, de aquello de que «la música á las fieras doméstica,» pues esta noche dando bromas á una morena con unos ojos de azabache como luceros, dí en interesara de tal modo, que no pude resistirme á bailar con ella.

— ¿Es así, Zaurique, como cumples tus encargos?

— Señor, había endosado algunos bromazos de mil diablos, pero los hombres de estos tiempos tienen oídos de mercader, y en vista de eso me dediqué á buscar la Vergüenza, que me digeron había acudido disfrazada. En vano pregunté por ella á cada una de las concurrentes, todas me decían que la tenían, pero ninguna me la demostraba.

— Así sucede con la moralidad, Zaurique, todos hacen gala de tenerla, pero todos son sus enemigos.

— Cansado de buscarla me dediqué á preguntar por el amor propio, pero tambien me sucedió lo mismo, sacando por consecuencia que en estos tiempos se han perdido este, la moralidad, y la vergüenza. No contento con estos desengaños, pregunté á todos por la libertad, y la música tocó el himno de Riego; ya me preparaba á verla, y me presentaron en vez de ella al libertinage. Había muchos milicianos nacionales muy bien uniformados que daban el piquete, y me apresuré á preguntarles por la libertad.

— Aquí la tienes, dijeron, y me enseñaron el final de una esposicion dirigida á las Córtes, que concluía: ¡Viva la libertad! ¡Viva la Milicia Nacional!!! ¡Viva la Constitucion!!! Entonces bramando de coraje solté un voto..... perdóneme Dios, y les dije:

— Imbéciles! yo no busco la libertad escrita, ni la Milicia Nacional de tinta de imprenta, ni la Constitucion muerta; yo quiero la realidad de estas cosas, los hechos positivos y no las ficciones. En esa esposicion no se esplican mas que los deseos, y esos mismos tengo yo. Adios, os dejo, porque pronto ireis á vuestras casas y depondreis ese disfraz para recojer el de simples ciudadanos. No olvideis que ese uniforme significa las conquistas de la revolucion de julio, y no depongais los derechos adquiridos en las barricadas suspendidos por las pomposas frases de este ó el otro ministro. Si no tocamos pronto, muy pronto los resultados beneficiosos del alzamiento nacional, contad con que fuera mejor ser rusos, polacos, húngaros ó demonios que juguetes de ambiciones bastardas; y sintiendo otra vez el ruido de la música, me introduje en el salon y concluí por tomar una parte activa en la fiesta. Juan se colocó en un asiento con su dominó y careta, y olvidando su mujer y sus hijos invirtió toda la noche en pláticas familiares con una vieja, que elegantemente disfrazada, abrigaba pretensiones de soltera y hermosa.

— Vosotros habeis hecho ni mas ni menos que algunos individuos del antiguo círculo de la Union, que combatiendo al Gobierno entraron en el número de sus empleados, y se cuidaron despues muy poco de censurarle.

— Juan ha copiado la conducta de algunos progresistas, que seducidos por la vieja situacion, se presenta disfrazada ante sus ojos, y concluirán por entregarnos en su poder.

— Conozco que venís sudando, calaveras: retiraos á dormir y cuidaros, no sea que una pulmonía os conduzca al sepulcro.

— Eso mismo digo yo al ministerio, Fr. Supino; él dice que trabaja, que se cuide, no sea que se le cuele por las narices algun

airecillo desamortizador y acabe con él en una noche, como sucedía con los ministerios moderados, que dormían y no amanecían.

— Dices bien, Zaurique, si es cierto aquel axioma de física que dice que las mismas causas producen los mismos efectos, nada hay difícil en el mundo.

— Es que no es tan solo eso, Fr. Supino, sino que en casa de una gran señora han vuelto á aparecer cierta clase de diablos, que en un tiempo eran los correos mas ligeros que se han conocido, y á la pobre la traían convertida en su juguete. Bueno sería que ya que es hoy miércoles de ceniza, les pusiese su reverencia la ceniza en la frente.

— Marcha á descansar, malandrin, que este asunto de diablos debe tratarse con pulso.

Es preciso, me dije á mí mismo, estudiar el modo de poner la ceniza á los hombres de la situación; y tomando la pluma hice las composiciones siguientes:

Al Presidente del Consejo de Ministros.

Polvo eres de aquellas polvaredas,
si viene el aquilon, limpio te quedas.

Al ministro de Estado.

No tomes este polvo tan despacio,
que te espian los duendes de palacio.

Al ministro de Gobernacion.

Aunque buen polvo de Teruel trajiste,
por sordo volverás donde viniste.

Al ministro de Gracia y Justicia.

Empiece la justicia por tu casa,
y no repartas el turrón sin tasa.

Al ministro de la Guerra.

Atrás dijiste, adelante hoy dices,
ojalá no te rompas las narices.

Al ministro de Hacienda.

Cuidado con tus planes colosales,
no nos hundan en nuevos lodazales.

Al ministro de Marina.

Buen polvo tiene nuestra gran marina,
que ministros habemos por rutina.

Al ministro de Fomento.

Si vijilas la bolsa, *ego te absolvo*,
que cegarnos puede su maldito polvo.

Al Gobernador civil.

Siguiendo al malhechor siempre la pista,
¡o le pierdas, Luis! nunca de vista.

Al Capitan General.

enseña tu energía al que conspira,
ue tan solo desprecio nos inspira.

A todos los Diputados.

Pulvis eris, señores,
Eritis pulvis, porque el tiempo apura,
Pulvis vuestra bravura,
Y pulvis vuestra eterna charlatura.
In pulverem al fin ya convertidos,
Dirán los caminantes:
Estos charlaron como muchos antes.

Escritas de este modo, las guardé en mi bolsillo para tiempo oportuno.

EL ESPIRITU SANTO,**SOCIEDAD POLITICO-DRAMATICA.****RESEÑA DE SUS FUNCIONES.**

DOMINGO 18 de febrero de 1855. La reunion, que se despidió el sábado para celebrar sesion secreta al otro dia, acordó en este varios nombramientos de comisiones con la autorizacion de la lectura de algunas proposiciones, entre ellas una del señor Batlles sobre las traslacion á los domingos de las fiestas y medias fiestas que celebra la iglesia.

Lo mismo, que en Cerdeña

marcha la cosa,
señor Batlles, cuidado,
que es espinosa.

— ¿Qué diablos hablas, Zaurique?

— Qué quiere V. que diga, Fr. Supino, que el señor Batlles en vez de haber estudiado medicina debiera haberse dedicado á la carrera eclesiástica, pues parece que este señor le tira por la iglesia. Siempre ha de salir con alguna cancioncita este doctor; yo le aconsejaria que hiciese las proposiciones siguientes, que estarian mas en consonancia con su profesion:

- 1.^a Pido que se supriman las calenturas, para que se abarate la quina.
- 2.^a Pido que se suprima el hambre, para que no haya dieta.
- 3.^a Pido que se supriman las sanguijuelas, para que no se chupen la sangre.
- 4.^a Pido que se suprima el derecho de peticion en vista de tanto imperitino pediguño.
- 5.^a Y última. Pido que se declare un premio á favor del que charle poco y á tiempo.

— Cállate, condenado, ¿tú tienes gana que el señor Batlles te recete una ventosa ó algun sedal á tu lengua de tarabilla?

JUEVES 22 de id. Despues de cuatro dias de interrupcion se reunió la sociedad, dando principio con la sinfonia de los incidentes. A instancias de un diputado gallego, cantó el señor Batlles el solo de la Palinodia, y confesó que las acusaciones dirigidas al clero de Galicia, no se dirigian á la clase sino á algunos individuos.

No tan solo esos apuros
te han de acósar, Marianito,
que del clero á los conjuros
has de caer en el garlito.

Veán Vds. á todo un señor en medicina y rector de universidad, subiendo y bajando la escala con singular habilidad y donosura: si continúa habiéndoselas con el clero sin saber bien de solfa, lo ha de silvar la sociedad. Antes de cantar, señor don Mariano, tenga V. seguridad y firmeza, y entonces no tema los silvidos.

La sociedad trató de paso otros asuntos, antes de la órden del día, de que dimos cuenta á nuestros lectores. Se entra en discusión sobre que se establezca la libertad de cultos, limitándola á puntos determinados. Hace la defensa de esta enmienda el señor Salmerón con gran copia de razones. Contesta el socio del gobierno de Gracia y Justicia, no tan enérgicamente como esperábamos. El antiguo hermano nuestro *Fr. Gerundio* (señor Lafuente) levanta su capilla emprendiéndola con los argumentos del señor Salmerón y sentándose contento y satisfecho. Entonces me dijo Zaurique:

— Fr. Supino, ese padre sin duda ahorcó los hábitos para ser diputado; ¿y su lego Tirabeque ha seguido la misma carrera?

— Ni lo uno ni lo otro, le repuse; los pueblos le han favorecido con sus sufragios, y como le fué muy bien siendo periodista, ha dejado aquel oficio.

— Hace muy bien, señor, que lo que es ahora no libraria tan bien; y en esto la sociedad desechó la enmienda y se acabó la función con los 000 de costumbre.

VIERNES 23 de id. La sociedad dá principio á sus tareas leyendo una esposicion de reconocimiento que la eleva la condesa de Mina por la honorífica mencion que la corporacion hizo de sus servicios en la Coruña durante el cólera.

— Si hubiera muchas señoras de la aristocracia como esta, me dijo Zaurique, mas llevadera seria la suerte de los pobres.

— Si las hay, le repliqué, grandes servicios están prestando las damas de honor y mérito con el cargo que tienen de la Inelusa.

— Si señor, pero el número de los desgraciados niños seria mucho menor si el reglamento interior por el que se rigen estas señoras, fuese mas conocido del público y recibiese las reformas que la conveniencia pública reclama.

Tambien los padres taquígrafos se quejan en una esposicion de la inculpacion que les hizo el señor Sanchez Silva sobre la formacion parcial del extracto de las sesiones.

— Señor, me dijo mi lego, todos esponen sus quejas á las Córtes, espongamnos nosotros las de todo el pueblo español, con especialidad las del clero, que sufren aun las plagas de la mala administracion de los once años, y á pesar de la revolucion gloriosa, nos sacan los cuartos gloriosamente alegando las leyes inmorales que sucumbieron ante las barricadas.

— Pide al Estado todo lo que quieras, Zaurique, menos dinero ni cosa que lo valga, y te será concedido.

Se reciben acto continuo nuevos socios, y se aprueban sin discusion varios proyectos de ley que no afectan el bolsillo del pueblo. Antes se sintió el compás de dos interpelaciones que corrieron la suerte que las corresponde. Hoy le ha tocado el turno á los asuntos de ferro-carriles.

Hace el gasto del resto de la sesion la base religiosa, y es escuchada una enmienda del señor Figuerola, apoyada por él y combatida por el señor Heros, que dice que la comision ya se ha permitido bastante. El señor Jaen sube á la tribuna apoyando una enmienda, reducida á que la nacion se obliga á mantener el culto y los ministros de la religion católica única de los españoles.

— Bien por el señor Jaen, dijo Zaurique, no podia ser otra cosa, si tiene cara de religioso.

En su defensa se declara creyente. Nombra al Redentor y la sociedad se rie. Nombra á la Madre de Dios y la sociedad se rie. El señor Jaen hace gala de ser cristiano y la sociedad se rie. Entonces Zaurique me dijo:

— Diga V. Fr. Supino, tantos desvarros dice el señor Jaen ó están los socios de broma?

— No hombre, esto me hace recordar á Roma en que sus legisladores se reian de los falsos dioses y á poco dejó de existir su poder.

Contestó al orador el señor Heros y desechada la enmienda se acabó la funcion con los 000 de costumbre.

SABADO 24 de id. La sociedad, con gran número de individuos, dá principio á sus tareas á la hora de costumbre. Se despachan todas las enmiendas pendientes, y despues de una breve discusion sobre si habia de hablar en contra de la base religiosa el señor Rios Rosas, se acuerda afirmativamente. Se entra de lleno en la discusion de la tolerancia de cultos; muchos diputados piden la palabra. El señor Presidente quiere calmar la confusion ordenando las palabras; al fin vence el primero el Señor Monzon, que la tiene pedida en contra. Sube á la tribuna este jóven diputado: su voz es apagada, pero su pronunciacion espresiva y sus maneras resueltas. Viendo esto Zaurique me dijo:

— Señor, parece un predicador, y el diputado aquel que está orilla al lego apuntador, solo faltaba el Cristo.

— Allí viene Espartero, dijo entonces uno de los oyentes de nuestro lado. Hoy no se acabará la discusion de la base religiosa; pero el Domingo primero de Cuaresma habrá funcion y se resolverá el asunto.

Nosotros nos retiramos á nuestra celda, yo para estudiar el sermon de mañana, y Zaurique á hacer exámen de conciencia.



GACETIN DE ZAURIQUE.

AL SEÑOR MADOZ. Las contribuciones se están cobrando ya con arreglo á la ley del célebre azote de la nación española don Juan Bravo Murillo, dada en 20 de octubre de 1852. Gravoso era para el pueblo el sistema del señor Mon, que le proporcionó sendos doblones al inolvidable conde de Canga-Argüelles, con los recargos del cuádruplo que marcaba la ley de 23 de mayo de 1845, repartiéndose el sudor del pueblo aquel conde, condenado á ser nuestra pesadilla, pero la de Bravo Murillo no tiene igual en lo dura y gravosa.

Señor Madoz, ó reformar esa maldecida ley, ó de lo contrario, repetiremos:

Pobre nación, que un día
te levantaste osada

contra aquella tiranía,
venciste con bizarria,
¿y qué adelantaste? Nada.

De libertad al clamor
tembló la turba inmoral;
que aun teníamos valor
para luchar con honor.

¿Y cómo estamos? Igual.

Con patriotismo y tesón
lidió el pueblo madrileño
contra tal dominación,
mas hoy de su situación
¿es el estado alhagüeño?

Corren semanas y meses
rigiendo aquel embolismo,
consecuencias y reveses
de impuros juegos y entreses,
¿y cómo nos vá? Lo mismo.

Hombres de aquel alzamiento,
decidme si estais de acuerdo
en hundir hasta el cimiento
de aquel triste monumento
hasta extinguir su recuerdo.

Porque sino, ¿á qué alegar libertad y patriotismo? Fuera mejor declarar que continuamos lo mismo.

Se supone que de esta composicion no tiene noticia mi amo Fr. Supino. Yo la tengo escrita para dirigirla al gobierno, aunque me consta que trabaja asiduamente para mejorar la situacion de los pueblos.

AL LATIGO. Carísimo: Hasta ahora habíamos dejado pasar desapercibidos vuestros recuerdos, porque os merecíamos el favor de aumentar de ese modo nuestro humilde nombre y particular peculio, pues difícilmente habrá un colega mas conocido que vos en las calles de Madrid, tanto que se han hecho roncros vuestros estallidos. Continuada ocupado de nuestra humilde persona, que os lo agradeceremos, pero cuanto á calificar nuestras opiniones, os rogamos un poco detenimiento y queremos que las opongais la fuerza de vuestras razones, sin deslizaros al terreno personal. No volveremos á contestaros en nuestros capillazos, si las circunstancias no lo hicieren muy preciso, porque el público se rie de los pobres periódicos que se ocupan en personalidades, y piensa que lo hacen por falta de original ó por otras causas menos elevadas. Adios. Adios. Adios.

LOTERIA. Zaurique no ha querido dar cábala para la estraccion de hoy, porque no tenia seguridad en sus cálculos y andaba distraido con las máscaras. En lo sucesivo, ya procurará alentar á los aficionados.

TEATROS. El Real coliseo ha dado la magnífica ópera de Verdi titulada *La Traviata*, que quiere decir la estraviada, segun me dijo mi amo Fr. Supino. ¡Cuántas estraviadas vi yo la noche que acudimos á oír las melodías de esta inolvidable composicion! ¡Oh, si tuvieran la generosidad y abnegacion de la pobre *Violeta*!

Mas en vez de violetas,
seguirán su juventud,
fingiendo amor y virtud,
como taimadas coquetas.

El teatro del Príncipe nos regaló dias atrás la bonita comedia titulada *La locura de amor*, despues nos dió *El beso de Judas*, cuidado, lectores, no hay que equivocarse, que hablamos de la comedia. Para nuestra opinion no mereció esta composicion llamarse beso, sino *mordisco*. Los actores hicieron de su parte cuanto fué posible: ahora se está representando una titulada *Echarse en brazos de Dios*.

Echate en esos, Arjona,
como todos los actores,
que si tu bolsa no abona
muchos estarán peores.

El Circo dijo el viernes 23 de febrero de 1855, que no daba funcion, con arreglo al reglamento de teatros. ¿Se le ha olvidado á V., señor don Circo, que ese argumento y otros como él cayeron ante las barricadas? Si pudieran hablar sus bastidores que las sirvieron de adorno, se lo recordarian para que siguiese V. su carrera, con el aplauso del público. Mire V. como el señor Romea que sabe que á pesar de lo lluvioso del tiempo hubo polvos el miércoles de Ceniza, nos ha regalado el viernes *los de la madre Celestina* en la Cruz, y eso que debía tener mas presente que V. el reglamento, por la amistad que le unió con la administracion de los once años.

De los demas teatros, incluso estos, solo diremos que se quedaron á oscuras el sábado 17, estando S. M. en el Real y el duque de la Victoria en el de Lope de Vega, sin que pudieran evitarlo el esplendor del tronó ni la voluntad nacional.

La gente, á pesar de la humedad, acudió á todas partes, prefiriendo ponerse en remojo á estarse quietecita en casa.

Editor responsable, M. G. de Salcedo.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Esta obra ha salido el 1.º de enero de 1855, por entregas llamadas capillazos, que consta de á 16 páginas en octavo marquilla igual á este número, de manera que los suscritores tengan una publicacion semanal como la del antiguo Fray Gerundio. Cada 12 capillazos formarán un tomo.

Se suscribe en Madrid, á 5 rs. adelantados por cuatro entregas, ó sean capillazos, en la administracion, calle del Leon, núm. 4, entresuelo; librería de Monier, calle de la Victoria; Cuesta, calle Mayor; de Hernando, calle del Arenal; de Sanchez Rubio, calle del Prado, núm. 4; de Gaspar y Roig, calle del Principe; de Sanz, calle de la Concepcion Gerónima, y de Villa, plazuela de Santo Domingo.

Los que se suscriban en Madrid en todo el primer trimestre corriente, tanto en la redaccion como en las librerías, reci-

birán cada cuatro capillazos á 4 rs. hasta la conclusion de esta obra.

En provincias, en todas las principales librerías del reino, á 18 rs. adelantados por trimestre, ó sean 12 capillazos. Los que hagan la suscripcion directamente á esta córte dirigiéndose en libranza franca al administrador de Fr. Supino, calle del Leon, núm. 4, entresuelo, recibirán cada tomo 4 rs. menos que á los demas suscritores; y con 5 rs. de rebaja para los esclaustrados y demas clerecía de fuera de Madrid que se suscriban del mismo modo, hasta la conclusion de esta obra. Tambien puede hacerse directamente con sellos de correos de á 4 cuartos, pero sin rebaja alguna. Los corresponsales que libren franca y puntualmente por meses vencidos, tienen un 5 por 100 mas sobre el premio de costumbre. No se recibe correspondencia que no venga franca de porte.

IMPRENTA DE MANUEL MINUESA,

Lope de Vega, 26.